N. 12.

DRAMA TRÁGICO EN UN ACTO.

MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA.

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

PERSONAS.

Marco Antonio.	*Octaviano.*
Cleopatra.	*Soldados.*

Magnífico gabinete de gusto asiático, y sobre un sofá sentados Marco Antonio y Cleopatra.

Cleop. Marco Antonio, Señor, mi bien, mi esposo,
de mi beldad y de mi solio dueño,
qué tienes? qué deseas? qué te agita?
No te obedecen todos en mi reyno
como á señor y dueño soberano?
Pues qué cosa le falta á tu deseo?
Habla, dime qué tienes? qué imaginas!
no me ocasiones tan cruel tormento,
que mirarte sin gusto ni alegría,
es un dolor que resistir no puedo.

Ant. Prenda del alma mia, á quien dedica
mi corazon amante sus afectos,
no todos los instantes son iguales;
en medio de los bienes que poseo,
envenena mis gustos la memoria
con dolorosos trágicos recuerdos.
Octaviano te vió, y enamorado
de tan hermoso peregrino objeto,
quiso que conquistára tu persona,
y yo á la ley de la amistad atento
á Alejandría vine, ví tus gracias,
te amé, correspondiste al dulce fuego
que abrasaba mi alma, fuí tu esposo,
y pérfido al amigo: ademas de esto
el Senado de Roma, de sus armas
y sus legiones dándome el imperio;
me mandó que este reyno sujetara,
mas qué sirven inútiles preceptos?
tú á mi me sujetaste, en la cadena
feliz de tu hermosura prisionero,
todo lo abandoné; mal Ciudadano,
mal amigo, y en fin, mal caballero
fuí por amarte, y aunque reconozco
que volveria á hacer siempre lo mesmo,
tal vez la fantasía me propone
con eficacia tal estos recuerdos,
que llenando mi alma de congojas
me atormenta cruel mi pensamiento.

Cleop. Reconozco muy bien, que á mi be-
pospusiste, señor, tantos respetos; (lleza
pero yo aun hice mas, pues declarada
enemiga de amor, quemé sus templos,
leyes establecí las mas severas
de este Númen opuestas al imperio,
la inclinacion mas pura é inocente,
el cariño mas fino y mas honesto
fué para mí delito abominable,
que encontró en mi rigor el escarmiento.
Vengóse la Deidad irresistible:
de Alejandría te condujo al puerto:
ví tu persona, y en el mismo intante
se trocaron mi ser y pensamiento.
Ya no era Cleopatra aquella altiva
que aborreció de amor el dulce fuego:
abominó las leyes promulgadas
contra el vendado Dios, todo su es-
fuerzo (dos,
puso en amar y aun en que amasen to-
tomando en ella conocido egemplo.
Alejandría es hoy segunda Chipre,
todo es amor: los públicos festejos,
los bayles, y en fin cuantos incentivos
se hacen lugar en los sensibles pechos,
si otro tiempo de aquí se desterraron,
ya vuelven á vivir como en su centro,
y por quién? por tí solo, dueño mio:

mas qué mucho si tú eres mi consuelo,
mi bien, mi dulce gloria, mi regalo,
alma del alma que me presta aliento.
Y podré arrepentirme? sí, no hay duda,
pero tan solamente de aquel tiempo
que ignoré las dulzuras que disfruto,
y careci del bien que ya poseo:
muero de amor por tí, pero es tan grata
esta muerte dulcísima que siento,
que no hay dichosa vida que la iguale;
toda en tí transformada, nada veo
que tú no seas, de adorarte vivo;
acaben pues tristísimos recuerdos
que á funestar nuestras venturas vienen,
y de amores el plácido embeleso
inspire en tan unidos corazones
inalterable paz, feliz sosiego:
y admire el orbe en los futuros siglos
tan alta union como envidiable egemplo.

Ant. Ah! que tanto mostrarte enamorada
me hace infeliz, pues imposible veo
pueda corresponder el pecho mio
de tan altas finezas el exceso:
mas si amándote yo:: *clarines á lo lejos.*
mas qué clarines
llenan el ayre de marcial estruendo?

Sale un Soldado. Qué haces así, señor,
cuando Octaviano,
tus naves á pavesas reduciendo,
por la parte marítima los muros
de Alejandría asalta! *Ant.* Santos Cielos!
qué dices? ay de mí! no estaba el alma
preparada á tan trágico suceso!
Octaviano en el Asia, y yo ignorante?
tal es de Roma el odio que padezco,
que entre tantos amigos obligados
con quienes compartí mi valimiento,
no hubo un alma sensible, un pecho
grato,
que avisarme pudiera de este riesgo?
Pero necio, qué digo? bien sabia
que Octaviano adoraba el embeleso
de Cleopatra, que era indispensable
concitase sus iras el extremo
de mi perfidia, que las armas todas
obedecen rendidas á su imperio,
que era amante, sensible, poderoso,
y se hallaba ultrajado; pues sabiendo
todas estas razones, ¿cómo pude
ignorar que vendria su ardimiento,
á castigar de la amistad la ofensa,
y la de toda Roma, que este reyno
agregar á su solio pretendia?

Clarines mas cerca.

mas ya se oyen cercanos los acentos
del militar tumulto, ya es preciso
echar á la fortuna todo el resto,
y acordarme que soy el fuerte Antonio
que las Romanas armas conduciendo,
logró nombre inmortal con sus hazañas:
ó vencer ó morir solo deseo.

En acto de irse. (jas

Cleop. Detente: á dónde vas? así me de-
entregada á un amargo desconsuelo?
pero si basta para darme muerte
solamente el temor de verte expuesto,
condúceme á las armas y al peligro;
vibrar la espada y el luciente acero,
no es nuevo para mí; tu nacion misma
será de esta verdad seguro egemplo,
pues repetidas veces sus legiones
postraron á mi brio su ardimiento,
y cuando mas no pueda, denodada
te serviré de escudo, el blanco seno
ofreceré á las armas enemigas
tu vida con la mia defendiendo;
y en fin si irresistible y conjurado
nos rodea el destino siempre adverso,
y es preciso morir, muramos juntos,
muramos como amantes verdaderos,
reciban nuestros labios amorosos
los últimos suspiros que exhalemos,
y sean de dos pechos tan unidos
nuestros amantes lazos mausoléo.

Ant. Y lo consentiria? Antes airado,
de Jove vengador el duro ceño,
sobre mí sus rigores ejecute,
abrasadores rayos despidiendo,
que en caducas pavesas me conviertan
y acaben de una vez el sér que tengo.
Si adelantar no quieres mi ruina,
muda, mi amado bien, muda de intento:
yo basto solo, sí, yo basto solo
á contrastar el orbe, aun careciendo
del valor que me inspira tu hermosura,
cuya conservacion sola deseo:
á mi memoria vivas se presentan
las diversas victorias que ciñeron

mi frente de laureles; por mis venas
discurre oculto poderoso fuego
que me transporta y en furor me en-
ciende,
corro á las armas, al peligro vuelo,
por tí, por mí, por tu fortuna y mia,
por tu amor...á esta imágen ya no puedo
resistir de mi brio los impulsos:
descienda Marte desde el alto asiento,
que yo le venceré si tú me animas,
y postraré á tus pies el orbe entero.
Cleop. Aguarda, espera, Antonio.
Ant. No me impidas
esta resolucion, pues insta el tiempo.
Cleop. No haré tal; pero quiero que de-
fiendas
á Alejandría, en tanto que yo llego
á presentarme osada á tu enemigo.
Ant. A Octaviano? *Cleop.* Qué temes?
Ant. Nada temo,
sino que eres hermosa, y él amante,
poderoso y:::
Cleop. Ingrato, ahora zolos?
Ant. Pues por ventura ahora no te amo?
Cleop. Aun no vives seguro de mi afecto?
Ant. Temo lo riguroso de mi estrella:
pero dime, Señora, con qué intento
á Octaviano resuelven presentarte (tos
y cómo... *Cleop.* No tan útiles momen-
malogremos: Antonio, de mí fia.
Ant. Y tú de mi valor, y de mi esfuerzo.
Cleop. Pues á Dios dulce esposo de mi vida.
An. A Dios, alma del alma con que aliento.
Cleop. El destino prospere tus ideas.
Ant. Los Dioses favorezcan tus intentos.
Marina, naves incendiadas; vista á lo léjos de la Ciudad de Alejandría: todos los bastidores figuran ser peñascos cubiertos en sus quiebras y cortaduras de ramage y maleza. Sangrienta batalla entre Romanos y Egypcios; huyen éstos, aquellos los siguen, y desembarazado el teatro, se presenta Octaviano con algun séquito.
Oct. Seguid, Romanos fuertes, el alcance
de esas cobardes tropos; y supuesto
que embarazan sus naves incendiadas
que se puedan poner en salvamento,
acabad, destruid toda la tierra,
toda sea llevada á sangre y fuego,
á ninguno la vida se conceda,
sin que puedan servir de privilegio
el sexo ni la edad, todo perezca,
de mi venganza al ímpetu violento,
esas altas murallas que corona
del claro sol el explendor primero,
caigan en leve polvo reducidas:
su máquina igualada con el suelo
sea de mis furores testimonio
y padron del enojo que alimento.
Ah vil Antonio! tiembla de mis iras,
que no estarás seguro ni en el centro
de las hondas entrañas de la tierra,
mas no recibirá su obscuro seno
un hombre tan aleve, un alma infame
que á su interés pospuso los respetos
de la amistad: mas yo la culpa tuve
que de mi ardiente amor el dulce objeto
fié de su cuidado: y pues no pudo
mi alma resistirse al embeleso
de Cleopatra, cómo presumiria
que cupiese en Antonio mas esfuerzo?
Pero él debió observar la confianza,
y preferir de la amistad los fueros,
á el alhago y poder de la hermosura;
me ofendió en el honor, pues como due-
me debia mirar de Cleopatra, (ño
y sofocar de amor los sentimientos.
Sufra pues de su crímen las resultas
porque Octaviano no tendrá sosiego
hasta vengar injurias tan atroces.
Pero qué es lo que miro? ya el incendio
se estiende en la Ciudad: por todas
partes
pueblan las llamas la region del viento,
todo es desolacion, horror y llanto,
segura es la venganza que prevengo:
los Dioses, vengadores del delito
del alevoso amigo, mis intentos
favorecen; el pérfido en mis manos
ha de venir á dar; sí, ya le tengo,
ya lo miro cubierto de ignominia;
á mis plantas está, y aunque es exceso
de mi carácter, con mis propias manos
traspaso airado su cobarde pecho,
en menudos pedazos le divido
y con ansioso ardor su sangre bebo:::-
fiera imaginacion! dolor tirano!

mas nada es de extrañar cuando renuevo
en mi ánimo agitado tanta ofensa;
suban las llamas pues, hasta los cielos,
crezca el estrago, crezca la ruina,
y de una vez acabe mi sediento
corazon de saciarse en la venganza,
para que así en los fastos de los tiempos,
el teson vengativo de Octaviano,
á par de sus hazañas viva eterno.

Cleopatra con algunos Soldados.

Cleop. Detente, á dónde vas? suspende el paso,
duro opresor de un inocente afecto.

Oct. Qué miro? así á mis ojos te presentas
sin temer, Cleopatra, tu escarmiento?

Cleop. Y por qué he de temer? cuál es la culpa
de que acusarme puedes? es exceso
por ventura el amar? del alvedrío
no puedo disponer? no soy el dueño
de todas mis acciones? si yo hubiera
coronado tus ansias de trofeos
amorosos, la grande Alejandría
no fuera de tus iras el objeto:
á Antonio preferí, le amé, le amo,
y le amaré mientras tuviere aliento:
si él faltó á la amistad, tú lo expusiste
á tan sensible conocido riesgo:
luego te infaman mas que no te ilustran
de tu rigor los trágicos efectos.
Si Antonio te ofendió, con él debias
pelear como noble Caballero,
tomando cuerpo á cuerpo la venganza:
pero extender del ódio los decretos,
á los que su inocencia hizo seguros,
accion es propia de cobarde pecho.
Vuelve los ojos, vuelve al mar undoso,
vuélvelos á la tierra, todo es fuego,
tristeza, horror, gemidos y amargura:
Lépido, de tus iras instrumento,
postra, aniquila, tala, arruina, abrasa
hombres, niños, matronas, casas, templos;
recréate en imágen tan funesta,
mírate bien en tan fatal espejo,
conoce los efectos de la envidia
que es móvil de tu brazo, y no el pretexto
de la amistad violada; pero tiembla
tirano usurpador de mis derechos
y de mi estado; sobre tu cabeza
alza la diestra Júpiter supremo,
vengando tanta víctima infelice,
cuya inocente sangre clama al cielo.

Oct. Si no compadeciese mi nobleza,
tu dignidad, tu situacion y sexo,
no impunemente tu atrevido labio
hubiera proferido esos acentos.
Roma vencida en la pasada guerra,
las mismas causas subsistentes viendo,
determinó invadir estas regiones;
yo que te amaba con ardor tan ciego,
de Antonio confié que ladease
tu altivo corazon, y que en secreto
tratase nuestra union, y se agregára
tu sólio á los laureles que poseo;
vino á este asunto, y pérfido y aleve
logró hacerse lugar tanto en tu pecho,
que tu mano alcanzó; supe mi injuria,
y á vengarla he venido; de tu Reyno
la conquista no mueve mis Legiones
pues cubren hasta el Polo contrapuesto
las Aguilas de Roma con sus alas,
tanta es la basta mole de mi imperio:
tampoco tu hermosura me conduce,
que lo que ántes dulzura, ya es veneno,
y muger de un indigno poseida,
de un hombre como yo no es digno objeto:
Antonio me conduce, él solo mueve
las numerosas huestes que gobierno;
véale yo á mis pies, véale ajado,
véale en fin, á mis impulsos muerto,
y cesará mi saña: tú le amparas
eres su esposa, él rige de tu cetro,
por consecuencia clara los dominios:
¿y yo permitiria que creciendo
á favor de un delito, se elevára
un rival á mi mando que de medios
tan inicuos y viles se ha valido?
eso no; morirá si es que el aberno
no le esconde en sus lóbregas moradas;
y siguiendo las huellas de Teseo,
no bajo yo al abismo, y en sus sombras
á las furias por víctima le ofrezco.

Cleop. Si á esto solo tus ansias se reducen,
el conseguirlo es facil: en mi pecho
Antonio vive mas que no en el suyo,

yo soy su mejor vida, yo le presto
el aliento que goza, por mí vive,
yo le animo, traspásame severo
el tierno corazon; á Antonio matas
y miras tus rigores satisfechos::::
qué te detiene? acaba con mi vida.
Sale un Sold.. Ya es tuya la Ciudad y
Antonio es preso. (ra.
Cleop. Triste de mí! mi muerte es ya segu-
Oct. Ahora llorarás, tirano objeto
de un amor infeliz, las consecuencias
de mi ofendido honor; ese perverso
á quien solo por ciega la fortuna
pudo hacerle acreedor á tus afectos,
dará satisfaccion á mis agravios;
no habrá pena cruel, no habrá tormento
que en él no se ejecute; esta esperanza
alivia el duro, el riguroso peso
que oprimia mi alma, yo quisiera
que mil vidas tuviera ese protervo,
y aun no serian todas suficientes
á apagar de mis iras el incendio.
Sí, ingrata, sí, la muerte le rodea,
la muerte inevitable, no hay remedio;
en menudos fragmentos dividido
de las voraces fieras alimento
será su informe palido cadáver;
no volverás á verle; á los recreos,
á las tiernas vivísimas finezas,
que eran el alma de un amor tan reo,
sucederán las ansias, los pesares,
la amargura, el dolor, el desconsuelo,
y todo cuanto cabe en las ideas
mas horrible, mas triste, mas acerbo
y mas desesperado:::: pero cómo
aquí contigo tanto me detengo?
seguidme todos donde el Orbe vea
de la amistad violada el escarmiento.
Cleop. No tan fácil te arrojes, Octaviano
á la venganza, inclínate á mis ruegos;
infelíz mas que pérfido es Antonio;
esta triste hermosura que detesto
procuró con halagos seducirle,
yo sola soy la causa de su exceso:
vióme, pero me habló en tus intereses;
tus prendas ponderando, engrandecien-
tu persona, tu espíritu, tu fama (do
y elevacion que me ofrecia el cielo:
qué no habló? qué no dijo? qué no hizo?
mas yo débil, no pude, no, creerlo,
resistió, pero en vano, á mis caricias,
á mis finezas, lágrimas y ruegos,
en fin, yo le seduje; considera
si era fácil librarse de este riesgo:
mas supongo tu ofensa: ¿tánto puede
en hombre de carácter tan excelso
un agravio de amor? qué dirá el mundo?
que Octaviano, aquel héroe á quien
dieron
tanto aplauso las voces de la fama
eternizando sus insignes hechos,
obscureció sus glorias adquiridas,
y manchó su renombre con el feo
borron de una venganza; ah! no
consientas
en tu opinion tan grande vituperio,
triunfa de tí, Señor: un beneficio
suele ser el castigo mas violento
de un ingrato: si Antonio te ha ofendido,
véngate con nobleza, y será eterno;
aun mas que tus hazañas, este rasgo:
mas si lugar no se hacen en tu pecho
mis razones, descarga en mí tus iras,
yo soy quien te ofendió, yo pagar debo
la seduccion de Antonio, por su vida
la mia sacrifica; y si el exceso
de la venganza buscas, aprisiona
con cadenas durísimas mi cuerpo,
triunfa de todo Egypto, vuelve á Roma
y al carro de tu triunfo el Universo
admire á Cleopatra aprisionada,
hecha del vulgo infame vilipendio;
y luego á los tormentos mas crueles,
mas espantosos, hórridos y nuevos,
entrega inexorable el ser que animo;
pero no muera Antonio, él es mi dueño;
es mi esposo, pagarle es necesario
las finezas amantes que le debo;
yo por Dama, por Reyna y afligida,
esta piedad, este favor merezco,
y tú debes hacerle como Cesar,
como noble y valiente Caballero;
muera yo, gran Señor, mi esposo viva,
esto solo suplico, esto te ruego,
muevan tu corazon tantos pesares,
tantas ansias crueles que padezco,
y ver en fin que tus invictas plantas,
con doloroso llanto, humilde riego.

Oct. Oh fineza de amor! cuánto e tá her-
mosa! (tierno,
cuánto he perdido en no adqriuir tan
tan fino corazon en tan hermoso,
tan peregrino singular objeto?
mas, cómo si me acuerdo de mi injuria
puedo estar indeciso ni un momento?
vive tú, Cleopatra, vive, goza,
si quieres el dominio de tu reyno,
porque te desengañes que no puede
ser la ambicion el móvil de mi esfuerzo;
pero Antonio es forzoso se castigue:
tu situacion y estado compadezco,
mas no puedo acceder á tus instancias
porque mi fama, mi opinion, mi impe-
mi honor y confianza vulnerados (ric,
no permiten que deje tal egemplo
sin el justo castigo: por los altos,
por los sagrados Númenes protesto,
que la justicia se une á mi venganza,
y no puedo faltar á su respeto.

Vase con los suyos (do,

Cleop. Idos todos, dejadme, yo os lo man-
obedecedme como á vuestro dueño.

Vanse los suyos.

En fin, desamparada y afligida,
sin esperanza alguna en mi tormento
me miro, y viviré? no, no, muramos,
muramos de una vez, y del despecho
siguiendo los impulsos: mas qué digo?
las acciones mas grandes, los sucesos
mas bien premeditados y creidos
por seguros, tal vez, desvanecerlo
consigue un accidente inopinado;
acaso en mi favor los altos cielos
alguno dispondrán: desconocida
el destino de Antonio me resuelvo
á esperar: entre tanto, estos despojos
que me adornan, á orilla del mar dejo
y podrán persuadirse que en sus aguas
busqué desesperada mi remedio;
errante, peregrina é ignorada,
mas fácil me será saber lo cierto
de la suerte de Antonio: si viviere,
me uniré á su destino; mas si adverso
el suyo, su fin trágico prepara,
entónces moriré, que valor tengo
para mas: altos Dioses inmortales,
que mirais tan amargo desconsuelo,
vuestro favor invoco, socorredme,
ó acabad de una vez tanto tormento.

Vase, y sale Antonio.

Ant. Venció el oro las guardas, y ayu-
dado
de Máximo, mi amigo verdadero,
y como tal de Lépido enemigo,
huyo dudoso tan seguro riesgo,
y bien seguro, si advertido escucho
de militares tropas el estruendo
que resuena á esta parte; la maleza
sea de mis temores el remedio.

Escóndese, y salen algunos Romanos con luces.

Sold. Aquí quedó; mas nada se distingue;
murió sin duda alguna, y los recelos
del Cesar nos confirman, de sus ropas
despojos esparcidos por el suelo:
murió la Reyna, amigos; no ha men-
tido
el rumor divulgado: apresuremos
los pasos, y llevemos la noticia.

Vanse, y vuelve Antonio.

Ant. Qué he oido infelice? estos acentos
serán verdad? serán? mi desventura
ha llevado el destino á tal extremo?
será posible? sí; cómo dudarlo!
estas ropas, no son los ornamentos
de la Reyna? no es esta su corona,
y este su real manto? sí, son ellos:
ellas son! ay de mí! mi desventura
llegó á lo sumo! de mi fuerte pecho,
romper el corazon quiere la cárcel,
con latidos mortales! qué funestos,
qué trágicos anuncios me rodean!
todo soy confusion, horror y miedo.
Cleopatra murió desesperada,
en las aguas buscó su monumento,
por no sobrevivir á mi ruina,
ó locura de amor! ó duro exceso
de fineza! Mi bien, Señora mia,
ya no veré los ojos que pudieron
ser afrenta del sol? ya tu hermosura
se eclipsó para siempre? ya á los reynos
de las sombras tu espíritu ha bajado?
lleváras me contigo por lo ménos,
que no es vida, no es vida, sino muerte
esto que me dejó tu fin funesto!
Ay dulces prendas por mi mal halladas,

dulces y alegres, cuando en otro tiempo
os ilustró mi esposa! quién dijera
que llegarais un dia á ser objeto
de horror á mi cansada triste vida!
dónde, dónde se encuentra vuestro
dueño?
ya no vive, no existe, lo conozco,
lo conozco, mas cómo lo tolero?
vosotras, tristes prendas, mudamente
acusais mi cobarde sentimiento,
qué quereis? qué decis? que yo la siga,
y me arroje á morir? yo os lo pro-
meto, (za,
porque faltando á un triste la esperan-
la vida es duro insoportable peso.
Llorad, ojos, llorad, que no es desdoro
del valor, cuando llega á tal exceso
la causa, y tan sensible se presenta:
regad con vuestras lágrimas el suelo;
las ondas aumentad al mar furioso,
el alma destilad, dolor inmenso!
Campos de Alejandría desdichados,
acompañad mi amargo desconsuelo;
ya no vereis la hermosa primavera
que á vuestras verdes plantas daba
aliento: (ba,
ya os faltó el mejor sol que os anima-
y agostados, estériles y secos,
tanta lozana pompa convertida,
la mirareis en árido desierto.
Ay mi bien! dulce esposa, dueño mio,
dónde estás? vida mia, qué te has he-
cho? (panto,
mas si de el reyno obscuro del es-
te es lícito mirar lo que padezco,
y admiras como vivo, no lo extrañes,
pues si el morir dilato, es porque quiero
hacerte sacrificio de la pena,
alargando dolores tan intensos;
que pérdida tan grande, por la causa,
por el modo, y en fin por los efectos,
demostraciones pide mas sensibles,
pidiendo está mas rígidos extremos.
Tempestuoso mar, que en tus cristales
recibiste el gentil hermoso cuerpo
de mi adorado bien: si las deidades
que en las cabernas moran de tu centro
sienten piedad, si amaron algun dia,
pues venerarlas supe, yo las ruego
que compadezcan mis mortales ansias,
y en tus ondas me muestren el ya yerto
y pálido cadáver de mi esposa:
vea yo sus despojos, y sobre ellos,
el exhalar me sea concedido,
el espíritu débil que conservo.
Ah riguroso bárbaro Octaviano!
ya estás vengado, sí, ya yo estoy
muerto
del modo mas cruel y mas tirano;
ya estarán tus rigores satisfechos:
pero teme el castigo que prepara
de tu furor el vengativo exceso
la cólera del hado, y el enojo
de las deidades: Júpiter excelso
castigará tu pecho endurecido,
ó en vano envia su poder supremo,
abrasadores rayos á la tierra....
mas á mi desventura, qué consuelo
producirá venganza tan inútil?
perdida la opinion, la patria, el reyno
y sobre todo mi adorada esposa,
hay algo que esperar, destino adverso!
la muerte, sí, la muerte hórrida y
fiera,
que á sufrir despechado me prevengo
entre estas rocas, que serán infaustos
testigos de mis ayes postrimeros.
Espíritu gentil, alma dichosa,
malograda beldad, trágico egemplo
de fortunas amantes, gloria mia,
de mis ansias dulcísimo embeleso,
si del profungo, si del negro lago

Con el puñal.

no pasaste las aguas, un momento
espera, aguarda al desdichado Antonio
que tu destino mísero siguiendo,
acaba de infeliz, de perseguido,
de amante, de leal, de fino y tierno.

Dase, y cae, y sale Cleopatra.

Cleop. El contorno de tropas rodeado,
que por el campo todo discurriendo
van con luces, mis pasos amedrenta,
y volviendo la planta en los soberbios
y erizados peñascos que el mar bate
con sus ondas, hallar abrigo intento:
tal vez entre sus quiebras ignorada
me podré conservar.... pero qué veo?
un cadáver es rémora á mi planta:

Egipcio me parece... pero cielos,
no es Antonio? sí, él es; desventurada
cómo á tal expectáculo no muero?
mi bien, señor, esposo y dueño mio,
tú de sangriento humor todo cubierto!
el pecho que fué mio traspasado,
y yo viva? ó indigno sufrimiento!
cobarde pena, dobla la eficacia,
pesares, venid juntos, llegad presto;
franca teneis la entrada, qué os detiene?
acabad esta vida que aborrezco:
no llegais? aun la muerte se le niega
á quien la pide y busca por remedio?
Ah Octaviano cruel! ya se han logrado
de tus atroces ansias los efectos;
pero los altos Dioses, que no miran
indolentes tan bárbaros excesos,
dénles justo castigo; el sol te niegue
de su apacible luz los rayos bellos,
el mar embrabecido te confunda,
rompa sus consistentes ligamentos
la tierra, y en sus lóbregas entrañas
halle tu vida obscuro mausoléo:
no conozcas la paz ni los amigos,
seas odio comun del universo:
enamorado vivas, y no encuentres
correspondencia alguna, sino zelos
del hombre mas indigno y despreciable:
las furias, las cabernas del Erebo
degen, y su ponzoña abominable,
á porfia derramen en tu pecho;
y en fin, desesperado y sin auxilio
mueras del mismo mal que yo fallezco:
y tú, despojo infausto de aquella alma
a quien el orbe todo vino estrecho,
supuesto que me mueves á que imite
la miserable suerte de tu dueño,
ya sigo tus impulsos; y pues tanto
de áspides es fecundo este terreno,
prepara, ingrato trágico destino,
los mas crueles á mi fin funesto;
llegad, llegad desapiadadas fieras;
en mi pecho cebad vuestro veneno,
esparcid en mis venas la ponzoña
que os dió naturaleza... por momentos
siento su actividad, y congelada
la sangre mia... corta el movimiento
á mis trémulas plantas... qué fantasmas
se ofrecen á mis ojos... ya no puedo
resistir... ay de mí!... desfallecida...
imposible es sufrir... ronco el acento...
sin pulsos... ay dolor! .. Antonio mio...
ya Cleopatra te siguió muriendo.

Cae, y salen Octaviano y Romanos con luces.

Oct. Por aquí me seguid... pero qué triste
y horroroso expectáculo estoy viendo?
Antonio y Cleopatra! él penetrado
el corazon de matador acero,
y ella... qué dura imágen! rodeada
de áspides venenosos que en su seno
ceban el ansia hidrópica de sangre:
fatal pintura! lastimoso egemplo!
todo lo que ántes fué rencor y saña,
es ahora piedad: habrá un momento
que de Antonio la muerte deseaba,
y cuando ya cadáver le contemplo,
lágrimas de ternura me ocasiona;
qué mucho si á su lado el embeleso
está que aprisionaba mis sentidos!
aun la muerte no pudo á lo perfecto
de su ser despojarle la hermosura!
Estos, rapaz vendado, estos, Dios ciego,
son de los que te sirven mas rendidos
los gustos, las ventura, y los premios?
ó mal haya mil veces el que torpe
su noble libertad rinde á tu imperio!
recoged esos cuerpos miserables
víctimas del amor, que yo prometo
eternizar su fama en su sepulcro,
porque sirva en los tiempos venideros,
de Antonio y Cleopatra la memoria,
á los ciegos amantes de escarmiento.

FIN.

Valencia: Imprenta de Domingo y Mompié. Año 1821.

Se hallará en su librería, calle de Caballeros, núm. 48; asimismo un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, saynetes y unipersonales.